

# LA RELIGION ES PERSONAL

La crisis que actualmente existe dentro del catolicismo se manifiesta en múltiples síntomas: secularización del clero, que deja sus actividades sacerdotales; crítica contestataria de pequeños grupos radicales dentro de la Iglesia; puesta en cuestión de las orientaciones doctrinales y de las normas establecidas por la jerarquía eclesiástica; dudas manifestadas por los mejores teólogos sobre la manera de expresar en el siglo pasado algunas de las principales doctrinas eclesiásticas, como la infalibilidad, la inmortalidad del alma separada del cuerpo, el lugar de tormentos llamado infierno, y tantas otras cuestiones, como la disminución y a veces abandono de la confesión en los que son creyentes.

Pero lo que no ahondamos suficientemente es en la raíz y causa de estos vaivenes que suceden dentro de nuestra propia Iglesia, cuando antes estábamos acostumbrados a verla como un bloque inmovible de doctrinas, normas y ceremonias.

El Concilio —dando a luz lo que estaba oculto en la inquietud íntima de muchos— replanteó las ceremonias de la Misa y su lenguaje, el papel que los seglares tienen en ella, la cooperación de todos superando el totalitarismo eclesial decimonónico y abriendo paso a una colaboración sincera y fraternal entre los diferentes grupos cristianos y sus doctrinas. Y tras ello vino la reacción exterior —que estaba ya latente en lo interior— de muchos católicos, y que ahora estamos viviendo.

Entre estos católicos se han producido muy diversas actitudes, desde la del que se desorienta y asusta hasta la del que se vuelve contestatario, pasando en otros por todos los matices intermedios. Pero muchos —independientemente de su actitud exterior— se sienten internamente desconcertados o insatisfechos, y la causa —de la que no se dan cuenta— es porque el problema no está fundamentalmente en lo de fuera, sino en lo de dentro.

Quien no comprenda la religión como una vivencia y experiencia profundas e íntimas, exclamará ante todas estas transformaciones: «La religión cambia»; y algunos incluso dirán, asustados: «¡Que nos cambian la religión!».

Si se observan bien, estos cambios se están produciendo en la superficie de las cosas; y lógicamente el interior, que estaba como ahogado, se libera de esta presión esclavizadora exterior en que se encontraba. Nuestra experiencia profunda puede ser así más positiva, al poner en segundo término todo lo que sea exterior, lo mismo en doctrinas que en organización o en normas y ceremonias.

Pero el problema está en que muchos no habían vivido nada más que una experiencia externa de su religión, o la habían vivido tan en pequeña medida que hoy se quedan inermes y sin saber qué hacer, porque estaban protegidos casi únicamente por la corteza exterior, en la cual habían puesto la esencia de lo religioso. Nadie les enseñó que la religión es fundamentalmente una cosa personal, y no el ser miembro de una sociedad, una comunidad, una secta o un clan.

El Papa, en uno de sus discursos de los miércoles —que los católicos leen cada vez menos—, acaba de decirnos que la Iglesia es tres cosas: una sociedad, una comunidad y un espíritu encarnado en personas concretas.

La verdad es que estos discursos son meros comentarios de circunstancias, sin ninguna pretensión de rigor ni de profundidad, aunque en este caso nos ha recordado —sin mucha precisión— algo que en buena parte teníamos olvidado: Que en los primeros momentos del cristianismo la religión tuvo un fuerte sello personal, como se puede apreciar por la distinta, fuerte y aun divergente personalidad de los propios Apóstoles que siguieron a Jesús.

Inmediatamente después, este sentido fuertemente personal se mezcló con un sentido comunitario vital y bastante poco jurídico. Y en el siglo IV empezó la historia de la Iglesia-sociedad. Historia que con diversos vaivenes ha per-

durado hasta el II Concilio Vaticano, que terminó hace seis años.

Entonces volvió a producirse una gran conmoción entre los católicos, desarrollando los elementos comunitarios manifestados en los pequeños grupos de creyentes que volvieron —tras muchos siglos— a adquirir un fuerte auge. Y algunos, con demasiada ingenuidad, pusieron toda la religión en esa vida comunitaria religiosa de «élite», creyendo que la salvación de la Humanidad estaba en su pequeño grupo, y a él se entregaron entusiásticamente.

Pasados aquellos primeros momentos del nuevo ensayo comunitario se encontraron, quienes habían participado en ese brote más emotivo que reflexivo, con nuevos problemas de crisis personales, porque el idealismo encarnado tan ingenuamente en esta pequeña estructura minoritaria no había dado todo el resultado que se había esperado de estos ensayos. Y unos perdieron la fe, otros se apartaron de la Iglesia y algunos siguieron insistiendo, con mayor modestia y menos idealismo.

El mal estaba en que se había puesto un orden equivocado a los tres aspectos estructurales que tiene el cristianismo: primero se puso la comunidad del pequeño grupo; después, la sociedad universal de todos los grupos, y muy en último término, el factor personal.

Pero la religión no es nada si no es una cosa personal.

Hace ya cincuenta años lo estudió uno de los principales teólogos católicos de principios de siglo, el padre L. de Grandmaison, y lo expuso en un pequeño libro que titulaba «La religión personal».

Era un tiempo en que los sociólogos que estudiaron la religión brotaban casi en todas las esquinas del mundo, y se habían ilusionado con el aspecto sociológico de la religión igual que habían hecho durante varios siglos muchos dirigentes y miembros de la Iglesia católica, que todo lo pusieron en ser una sociedad. Pero este profundo pensador católico hizo una breve pero decisiva observación que echó por tierra todas estas superficiales disquisiciones de la mayoría de los primeros sociólogos de la religión: «La religión —dijo— es personal; y la experiencia de todo hombre religioso suficientemente profundo nos da la prueba manifiesta de ello, y la trascendencia constante del objeto de la religión es suficiente prueba para demostrarlo».

En un segundo momento, los sociólogos de la religión, reconociendo su error —como Andrew Lang—, dejaron en el camino las interpretaciones puramente sociológicas de la religión para descubrir, en forma cada vez más generalizada, el sentido personal que tiene lo religioso. Delacroix, R. Otto y otros muchos así lo vieron.

Porque lo religioso es, sobre todo y ante todo, algo que afecta en quien lo es al núcleo central de la personalidad. Y quien no lleve lo religioso en el centro de su persona, por mucho que practique él o condene a los demás, no es verdaderamente religioso.

El orden que en el futuro tendremos que dar al fenómeno religioso es inverso: Lo primero es que lo religioso tiene que ser personal; lo segundo es que esto personal tiene una dimensión hacia los demás que supera el egoísmo individualista en el que es de verdad cristiano; y, por último, el cristianismo, con su apertura a todo el mundo, da lugar a unos lazos vitales de coincidencia con todo hombre en su pretensión de «fraternidad, libertad, igualdad y progreso» (Pablo VI) que constituyan así una auténtica sociedad universal, pero no una sociedad preferentemente jurídica, sino vital.

La mayoría de las crisis se evitarían si el cristiano hubiera puesto antes su experiencia personal en vez de cifrarlo todo en un idealismo de pequeñas «sectas» (en el sentido técnico de la palabra que no es nunca despectivo), o en una sociedad universal de carácter jurídico-democrático que en último extremo no resuelve nada porque o el cristianismo es una fuerza dinámica interior (que se expresa y desarrolla, por supuesto, hacia los demás) o no es nada.

MIRET MAGDALENA